



**JAVIER RODRIGO i DAVID ALEgre, Comunidades rotas. Una historia global de las guerras civiles, 1917-2017. Galaxia Gutenberg, 2019.**

**SANGRE LLAMA SANGRE: LA GUERRA CIVILE EN ITALIA, 1943-1945**

Si la española fue la guerra civil más conocida de la era del fascismo, no fue desde luego la única. Conflicto interno a la vez que guerra en la frontera sur europea del Tercer Reich, la revisión de la italiana de 1943-1945 y del contexto de la resistencia y la guerra de ocupación y partisana como una guerra civil ha generado fuertes resistencias conceptuales, políticas e historiográficas, como es bien sabido.

Tratándose del gran tema del contemporaneísmo italiano, el del fascismo y el antifascismo y la guerra entre ambos proyectos de sociedad ha generado toneladas de literatura histórica, básicamente desconocida e ignorada en España (Baldissara, 2015). Al igual que muchos otros conflictos internos en los que se superponen guerra civil y de ocupación, resistencia y colaboración, el caso italiano genera no pocos debates e interrogantes. El uso del término es, de hecho, una de las fronteras más marcadas

dentro de la historiografía italiana, desde que en 1991 Claudio Pavone planteara sus hipótesis sobre la configuración, más allá del uso propagandístico del término, del periodo 1943-1945 italiano como una *guerra civile*, y de que fuese después adoptado con naturalidad por uno de los padres fundadores de la historiografía contemporánea en Italia, Renzo de Felice (1997), en el último e incompleto volumen *La guerra civile (1943-1945)* de su monumental biografía de Benito Mussolini (1883-1945), publicado de manera póstuma.

La guerra entre la resistencia armada y el fascismo de Salò fue una de las diferentes guerras que se combatieron en suelo italiano entre 1943 y 1945 para la derrota del Eje, pero no fue desde luego la única. Podemos situar tanto en la larga como en la corta duración los antecedentes de la guerra interna entre fascismo y antifascismo: desde la reclamación bien conocida de Benito Mussolini del fascismo como un estado de guerra permanente hasta las fracturas políticas internas derivadas de la entrada de Italia en la Segunda Guerra Mundial en junio de 1940 o la deposición de Mussolini por parte del Gran Consejo Fascista en julio de 1943, existen elementos que

contribuyen a explicar la escalada que desembocó en la avalancha de la guerra civil. Sin embargo, de cara a favorecer el análisis comparativo, debemos destacar cuestiones puramente contingentes: la fractura estatal derivada de la caída de Mussolini, el armisticio de la jefatura del Estado y del gobierno de Pietro Badoglio (1871-1956) con los Aliados en septiembre de 1943, la ocupación de la Italia septentrional por parte de la Alemania nazi, la creación de la Repubblica Sociale Italiana o de Salò (RSI) y el desembarco de los ejércitos angloestadounidenses en el sur acompañado de la sumisión al gobierno militar aliado de ocupación (AMGOT). Todos estos factores unidos crearon un contexto que condujo *de facto* a una situación de fractura en la soberanía nacional-territorial, estadio ideal para la aparición del fenómeno de la guerra civil. En la Italia fracturada en dos zonas diferenciadas (la RSI y la Italia de Badoglio), territorio sujeto a una única soberanía antes de su fragmentación, se superpusieron, como en Francia, Bélgica, Grecia o Yugoslavia, una guerra mundial (con ocupantes en ambos territorios) y, en el territorio dominado por la RSI, un combate interno entre fascistas y antifascistas por la legitimidad y la soberanía. Esta última es la que puede considerarse una guerra civil:

fundamentalmente la lucha armada entre fascistas y antifascistas por la territorialidad en la mitad norte del país, en las regiones controladas por la RSI, y no tanto la disputa entre dos gobiernos autoerigidos como legítimos: uno, el de Badoglio, que daba continuidad a la monarquía, y otro, el de Mussolini, que heredaba la legitimidad del fascismo y sus instituciones.

Es importante aclararlo desde el inicio: los enfrentamientos armados, las matanzas y las venganzas a tres y cuatro bandas (fascistas, antifascistas, alemanes, Aliados), con una radical incidencia sobre la población civil, fueron sobre todo el resultado de una guerra interna iniciada tras el armisticio de 1943, con muchas de las características propias de las guerras civiles en los contextos de ocupación territorial y de guerra irregular. Pero también fueron el resultante de la yuxtaposición de conflictos y guerras entre fascismo y antifascismo, ocupantes/colaboracionistas y resistentes, como señalara un editorial del diario *l'Unità* de 1944 en el que se instaba a hacer una guerra patriótica contra el invasor, la guerra política contra las fuerzas reaccionarias y la guerra civil contra los fascistas colaboracionistas (Pavone, 1991: 252).

De nuevo sin *casus belli* definido, en la medida en que no hubo una declaración de hostilidades, la partición del país en dos zonas diferenciadas (ambas con ocupantes extranjeros), con dos gobiernos autoproclamados como legítimos y, sobre todo, con un Ejército partisano en el norte haciendo las veces de fuerzas de liberación vinculadas no sin problemas a las fuerzas políticas y a las instituciones posfascistas del sur, llevaría a la confrontación armada y violenta entre legitimidades como resultado de este conjunto irregular de factores. A la ruptura de la nación. Por un lado, la Italia antifascista en algunos casos, posfascista en otros, pero contraria a la ocupación alemana en ambos. Por el otro, la RSI, con su regreso al *sansepolcristo* y su contexto de violencias multidireccionales, que pondría en marcha una suerte de palingénesis interna del proyecto fascista, fue una entidad política desarrollada en el marco de la guerra, primero mundial y luego, y a la vez, civil. El paroxismo que alcanzó el fascismo italiano en este periodo, donde se revelaron de hecho la naturaleza, el verdadero alcance y las limitaciones de dicha cultura política, quedó perfectamente recogido en la controvertida obra de Pier Paolo Pasolini, *Saló, o los 120 días de Sodoma* (1975), una crítica magistral que puso de

manifiesto el vacío espiritual y los profundos traumas que dejó tras de sí la violencia fascista. A pesar de las campañas moralistas que la persiguieron no es una película sobre sexo ni coprofagia, no es una locura lo que vemos en ella, sino el resultado de la frustración y la huida hacia delante ante un proyecto que naufraga, del cual es encarnación la RSI, y que se ha mostrado incapaz de crear ese nuevo hombre y esa comunidad fascistas que proclamaba.

No hubo pues *casus belli*, pero sí un proceso que desembocó en la avalancha de la guerra civil y que la mayoría de fuentes historiográficas tienden a identificar con un elemento si se quiere concreto, pero que al mismo tiempo resulta capital para comprender todas las guerras internas. Entre octubre de 1943 y la primavera de 1944, las partidas guerrilleras (en los Abruzos y Piamonte, sobre todo) estaban compuestas por militares huidos y por exprisioneros de campos, no por una masa organizada de combatientes. En esos primeros meses resulta complicado hablar de una guerra civil, por más que empezase a operar desde Roma el Comitato di Liberazione Nazionale (CLN) presidido por Ivanoe Bonomi (1873-1951) y se diesen

acciones puntuales como las operaciones de naturaleza terrorista de los Gruppi di Azione Patriottica, los temidos GAP. Lo que hizo de la resistencia un movimiento con músculo y capacidad militar fue la negativa a seguir formando parte del Ejército fascista una vez fundada la RSI. Muchos guerrilleros y futuros guerrilleros se echaron al monte para evitar el enrolamiento obligatorio, el célebre Bando Graziani, decretado en febrero de 1944 por Mussolini, quien a su vez declaró disuelto el vínculo de los italianos con la figura del rey. Es decir, que en lo que se concretó la fragmentación de la soberanía, la territorialidad y las fuerzas armadas fue en la decisión de los hombres armados por seguir una orden u otra, por acatar el enrolamiento en la RSI u oponerse a él. La clave de la fractura interna en la Italia de 1943-1945 debe leerse en términos de definición de la identidad nacional, la legitimidad del poder y el control territorial (Pavone, 1991: 169 y ss). Sin ser ni mucho menos lo mismo, vale la pena recordar que lo que nutrió de hombres las resistencias francesa o belga fue el rechazo de muchos jóvenes a ser deportados a Alemania para trabajar en su industria de guerra. Para evitarlo, muchos de ellos se lanzaron a los bosques y las montañas, plenamente conscientes del

incierto destino que les esperaba en las fábricas, bombardeadas de manera regular por los Aliados, y en las colonias o campos de trabajadores, con unas condiciones de vida que dejaban mucho que desear. En cualquier caso, la comparación resiste hasta cierto punto desde el momento en que, por ejemplo, las levas impuestas por los alemanes para cumplir con los requerimientos del temido STO impuesto por Fritz Sauckel, Plenipotenciario del Reich para el Trabajo, fueron ordenadas por las propias autoridades de Vichy desde mediados de 1942. Así pues, y aunque muchas veces fuera *a posteriori*, también aquí el conflicto tuvo una indudable dimensión nacional (Spina, 2017).

De hecho, también ha de tenerse claro que la decisión última de identificar la italiana como una guerra civil supone enfrentarse a un gran número de contradicciones. Para el escritor fascista Giorgio Pisanò (1924-1997), el agente causante de la guerra habría sido el comunismo partisano, puesto que, a diferencia de los guerrilleros, ni el gobierno del sur ni la RSI habrían tenido intención de destruir la sociedad italiana ni de enfrentar a italianos contra italianos. Y siempre bajo esa lógica, cuando Saló declarase la guerra





a la resistencia, anunciando incluso que cualquiera no autorizado que fuese encontrado con armas sería inmediatamente fusilado, lo haría como reacción a la cadena asesina partisana. La debilidad del argumento es evidente, pero sin embargo no puede esconder que el conflicto partisano/antipartisano y las violencias desplegadas en él en forma de guerra al civil fueron procesos sujetos a un fuerte desequilibrio, pero no por ello fueron violencias unilaterales. En última instancia, la guerra italiana no deja de ser un conflicto interno donde, por un lado, existieron unidades de un Ejército regular y, por otro, básicamente partidas guerrilleras organizadas para el combate irregular que, pese a ser numerosas, luchaban en franca inferioridad. Y bien es sabido que dentro de esas modalidades de guerra siempre abundan las violencias, represalias, persecuciones y asesinatos de combatientes y civiles al margen del acto de guerra, o como parte integrante de lo que el combate realmente es.

Es cierto que esa imagen de guerra civil vino subrayada por el hecho de que tanto los Aliados como el gobierno de Badoglio reconocieron el Corpo Volontari della Libertà, la fuerza unificada de las unidades partisanas en junio de

1944, encabezada por el general Raffaele Cadorna (1889-1973) como un Ejército nacional italiano y, por tanto, beligerante en una lucha de liberación. Sin embargo, la guerra de la *Resistenza* distó de ser la guerra del monarca y el gobierno Badoglio, sino más bien la del CLN hasta 1944, cuyas relaciones con la jefatura del Estado y del gobierno, al menos hasta la liberación de Roma y el paso de Bonomi a la jefatura del consejo de ministros, fueron más que conflictivas. El CLN fue la organización que mejor reflejó la complejidad del antifascismo, pues al lado del Partido Comunista Italiano (PCI) de Palmiro Togliatti (1893-1964) se sentaban las organizaciones liberales, democristianas y socialistas, que no siempre tenían las mismas agendas ni iguales concepciones sobre la arquitectura política que debía dar forma al edificio institucional posbélico y posfascista. El pacto político a seis bandas, que dejó fuera a importantes sujetos del antifascismo, implicó también el control ideológico y organizativo de las brigadas partisanas, predominando las comunistas, que contabilizaban aproximadamente la mitad de las más de mil que llegó a haber operando sobre el territorio, y las casi doscientas del Partito d'Azione, del que saldría el primer ministro Ferruccio Parri, *Maurizio* (1890-

1981). Sin embargo, es igualmente cierto que un número importante de unidades partisanas no pertenecieron a las organizaciones políticas del CLN, y que por tanto no respondieron al mando de Roma, al menos en teoría. Esta variabilidad y autonomía organizativa y de mando sería una de las características diferenciales del conflicto italiano.

Como tal, la guerra interna enfrentó de hecho a dos ejércitos organizados, pero no siempre ni en la misma medida, ni tampoco con un control territorial rígido ni definido. Al margen de la existencia de unas 17-18 repúblicas partisanas (como las de Montefiorini, en Módena, o las de Val d'Osola, Carnia y el Alto Monferrato), la mayoría de ellas de pocos meses de vida y aniquiladas por las tropas del Eje durante 1944, el CLN con sede en Roma tenía una territorialidad ambigua y difusa, como también el Comitato di Liberazione Nazionale Alta Italia (CLNAI) de Alfredo Pizzoni (1894-1958), que era de hecho el mando militar y político operativo sobre el terreno desde enero de 1944. Primero por conveniencia militar, y segundo porque tal era la naturaleza misma de la lucha partisana que *de facto* identificaba al partisano con el territorio (Baldissara, 2017). Enfrente, la RSI dependía directamente

del control territorial y militar de la Alemania nazi, exactamente igual que ocurría en los Balcanes con el NDH, con lo que tampoco puede considerarse sin matiz alguno que el norte de Italia constituyese una *civitas* política y territorial, porque además el nuevo Estado fue privado del control de parte de sus antiguos territorios nororientales, destinados a ser anexionados por el Reich. Sin embargo, los combates entre unos y otros sí respondieron a la imagen clásica de la guerra civil como lucha entre compatriotas, como guerra fratricida: los alemanes cedieron siempre la lucha antipartisana, la disputa por la soberanía y el control territorial de la retaguardia a las fuerzas italianas de Salò. Entre ellas cabe destacar la Guardia Nazionale Repubblicana, las Brigate Nere y las unidades especiales como la X Flottiglia MAS (acrónimo de los Motoscafi Armati Siluranti, un arma submarina italiana de pequeño tamaño usada en la Segunda Guerra Mundial en el Mediterráneo), la milanesa Legione Autonoma Mobile Ettore Muti (que recibió su nombre por el aviador fascista responsable de los primeros bombardeos italianos en la España de 1936, entre otras hazañas), o la Banda Carità (por Mario Carità, el fundador del Reparto dei Servizi Speciali de Florencia, dependiente de la Milizia Volontaria per la Sicurezza

Nazionale), entre otras. Todas estas unidades constituían grupos militares fieles a la RSI, al fascismo y al *Duce*, al tiempo que se caracterizaban por un considerable margen de autonomía y por empeñarse con ahínco en la guerra contra los del monte.

La guerra antipartisana se desplegaría básicamente en tres fases diferentes. La primera se concentró en el otoño-invierno de 1943-1944, con la creación de las primeras formaciones partisanas en las zonas de asentamiento del dominio alemán, en el centro y norte de Italia. La segunda estuvo marcada por las primeras operaciones antipartisanas de la primavera de 1944, conducidas por unidades alemanas con la ayuda de tropas de la RSI. Finalmente, la tercera y última se correspondería con los combates que tuvieron lugar a partir del verano de 1944, tras la caída de Roma en manos aliadas y el reforzamiento tanto de los grupos partisanos como del poder de Salò (que puso en marcha la militarización forzosa y las Brigadas Negras) hasta la insurrección general de abril de 1945. En paralelo, las formas autónomas de la violencia fascista trazarían un recorrido de radicalización, heterofobia, autogestión de bandas irregulares y combate a ultranza

hasta el final (Rovatti, 2011; Avagliano y Palmieri, 2017: 315). Esto explica que de las más de 5.500 matanzas registradas por el *Atlante delle stragi naziste e fasciste in Italia* en la guerra al civil italiana de 1943-1945, con más de 23.000 víctimas mortales identificadas (fueron muchas más) al margen de los caídos en combate, el 21% fueran ejecutadas de manera autónoma por fuerzas italianas, es decir, sin la participación de los ocupantes alemanes.

A partir de esa imagen de irregularidad, la *guerra civile* se desplegó en forma de enfrentamientos armados fuertemente asimétricos. Sin embargo, ni siempre hubo territorialidad ni existió una potencia de fuego equiparable, como se demostró en las campañas de represalia del Eje en el otoño e invierno de 1944, que dejaron al movimiento partisano exhausto y ansioso de que llegara la ofensiva final aliada. De hecho, las operaciones conducidas por el Eje en aquella segunda mitad del año concluyeron con la desarticulación y la práctica eliminación de algunas de las zonas libres bajo control territorial partisano. Tras el terrible invierno de 1944-1945, la defensa última del territorio nacional frente a la invasión aliada, es decir, la defensa del fascismo y de Italia (a la vez, pues para los *ragazzi di Salò*

eran la misma cosa), fue obra de italianos. Su derrumbamiento también. No obstante, la disputa institucional nunca fue binaria: cuando las tropas norteamericanas tomaron Roma en junio de 1944 pareció que se constituía una línea de mando precisa, pero ni mucho menos la acción militar estuvo estrictamente vinculada a la autoridad romana, y a veces ni siquiera a la de Pizzoni. De hecho, la variedad de las formaciones partisanas no solo se explica por la diversidad política de sus integrantes. Y es que, además de comunistas y socialistas, en las filas de las formaciones Garibaldi también se integraron democristianos, liberales urbanos del Partito d'Azione integrados en las unidades Giustizia e Libertà, e incluso monárquicos. Esto tampoco se explica solamente por las diferentes situaciones que cada partida guerrillera hubo de afrontar, fuese en las expuestas cumbres del Valle de Aosta o en las ciudades medias de las regiones de Emilia, Piamonte o Lombardía, donde actuaban los GAP. Posiblemente, el motivo central de la falta de coordinación estuvo en el aislamiento. Una vez perdida Roma, la ocupación alemana y el reforzamiento republicano se basó en la separación neta entre el norte y el sur mediante la Línea Gótica. Cercadas las unidades

resistentes, dependientes en muchos casos de sus propios recursos, la acción coordinada fue rara y normalmente poco efectiva. Además, cada intervención venía seguida por represalias cada vez más contundentes.

En no poca medida, esa guerra entre italianos se desplegó en forma de persecuciones, limpiezas de retaguardia y acciones terroristas. También hubo torturas generalizadas y ubicadas en centros especializados para ello, tras lo cual había una lógica de castigo y una necesidad de obtener información de una población muchas veces percibida por los ocupantes y sus aliados como hostil (Franzinelli, 2018). En esa retaguardia, que no dejaba de ser la frontera sur de la Alemania nazi en Europa, aparecían zonas liberadas por las partidas de partisanos. De su pacificación (violenta, se entiende) dependía la seguridad de la Wehrmacht y del Reich, sobre todo en su retirada hacia el norte en 1944. Por eso mismo, desde junio de ese año los civiles serían oficialmente considerados responsables de los ataques o de la presencia de partisanos en sus zonas de residencia. De ahí que el control de los hostiles y las líneas de retirada llevase a masacres de partisanos, pero también de civiles, como los de Sant'Anna di Stazzema o de Monte Sole,



ambas a manos de jóvenes encuadrados en la 16ª Panzergrenadier Division Reichführer-SS (Battini y Pezzino, 1997; Franzinelli, 2002; Rovatti, 1004; Klinkhammer, 2006; Pezzino, 2007; Baldissara y Pezzino, 2009). La primera fue una acción de retirada basada en la política de tierra quemada, según prácticas que ya habían sido desplegadas en el Frente Oriental durante todo el año anterior (Rutherford, 2014: 357-373). En el curso de aquellas operaciones las tropas alemanas, apoyadas por miembros de la Brigada 36 Mussolini, dejaron el 12 de agosto de 1944 más de 500 víctimas mortales civiles (que no habían obedecido la orden alemana de evacuación) en la plaza del pequeño pueblo de Stazzema, en los Apeninos toscanos. Hasta hacía muy poco, la zona había sido lugar de fuertes enfrentamientos entre alemanes, partisanos y fascistas de la X MAS. Un mes después la misma unidad, especializada en las formas más crueles y efectivas de lucha antipartisana, llevaba a cabo la masacre de Monte Sole, un entorno de montaña al sur de Bolonia que comprendía tres municipios diferentes. Entre el 29 de septiembre y el 5 de octubre de 1944, en el marco de una operación antipartisana de limpieza del espacio de retaguardia adyacente a la Línea Gótica, fueron asesinadas casi 800

personas, en su mayoría mujeres y niños, bajo el pretexto de que constituían apoyos de la guerrilla. Parte de la población se había refugiado en la iglesia de Santa Maria Assunta, de donde fueron sacadas para ser ametralladas en el cementerio colindante. La búsqueda casa por casa de supuestos colaboradores con la guerrilla partisana, mecanismo que en italiano se denomina con el infame nombre de *rastrellamento*, aumentó todavía más si cabe la crueldad inusitada de la persecución contra los civiles. En Monte Sole fueron asesinados, decapitados y arrojados vivos al fuego en brazos de sus madres decenas de niñas y niños, cuyo recuerdo se proyecta hoy al presente desde la Scuola di Pace. En Sant'Anna, la víctima más joven tenía 20 días de edad.

Sin embargo, la sola lucha antipartisana no explica por sí misma semejante ensañamiento. Ambas matanzas, como de hecho las muchas recopiladas por la historiografía, son buen reflejo de la terrible realidad que hubo de enfrentar la población civil, independientemente de si el conflicto era de ocupación, civil o ambas a la vez: una guerra al civil de un carácter increíblemente desproporcionado y desequilibrado, planificada, aunque como siempre con elementos de

improvisación y puesta en manos de unidades especializadas apoyadas por población del lugar. Una guerra al civil que se desplegaba con continuidad evidente en zonas de retaguardia e inestabilidad territorial y militar: antes de Sant'Anna tuvo lugar la masacre de 72 civiles en Forno; poco después la de Fivizzano, que se calcula que causó más de 340 víctimas mortales; y luego Camaiore o Mezzano. En todos los casos, salvo el último, al tratarse de un campo de concentración de prisioneros, con especial prevalencia de las mujeres y los niños. A estas masacres se unirían otras en las ciudades del norte del país, algunas de ellas auténticos símbolos de la guerra interna en Italia. El 17 de julio de 1944 fuerzas republicanas abrían fuego en la Piazza Tasso de Florencia, dejando cinco cadáveres en represalia por la adscripción histórica del barrio de San Frediano a la izquierda y el antifascismo, según es interpretación común. En agosto, la Legione Muti asesinaba en el Piazzale Loreto de Milán a quince partisanos en venganza por actos de sabotaje, cuyos cadáveres fueron expuestos públicamente; la misma plaza donde no por casualidad, sino por macabra compensación, colgarían los guerrilleros boca abajo el cadáver de Mussolini junto al de su amante y los de otros tres fascistas el 29 de abril de

1945, un día después de su muerte. La sucesión de actos de violencia sería infinita de describir: masacres, atentados, ahorcamientos en lugares públicos como en Ivrea (Turín), en cuya plaza central colgaron en agosto de 1944 a un joven, apenas un adulto, supuestamente por haber tratado de atacar a la X MAS. Este tipo de políticas de la violencia refuerzan nuestra tesis de que, a partir de mediados de 1943, y muy especialmente desde 1944, se produjo una confluencia o equiparación cada vez mayor entre las praxis desplegadas por las fuerzas alemanas y sus aliados en el este y en el oeste, lo cual en cierto modo no deja de ser fruto de su propia vulnerabilidad y sensación de cerco crecientes.

No son pocas las contradicciones, pero tampoco son pocos los elementos en común que contribuyen tanto a matizar su caracterización como guerra civil y, viceversa, a modular la categoría misma, contribuyendo a su contextualización y análisis desde la contingencia. El de 1943-1945 en Italia estuvo lejos de ser un conflicto civil convencional, aunque ese fuese de hecho un vínculo común de todas las guerras internas después de la española y la coreana, como veremos, a partir de las cuales es difícil compartimentar las



guerras en una sucesión de batallas. Como se ha señalado, la que nos ocupa aquí compartió características de forma muy clara con las guerras rusa y española, como la predominancia de las víctimas civiles frente a las uniformadas: de las más de 187.000 víctimas aceptadas para el periodo de 1943-1945 por Claudio Pavone, 120.000 eran no combatientes. Se estima que las torturas, ejecuciones y deportaciones acabarían con la vida de entre 10.000 y 15.000 personas —7.400 según los datos de los Carabinieri— en acciones de represalia y violencia fascista contra los partisanos y la población civil. Como ha señalado Toni Rovatti, las autoestimaciones abiertamente deformantes sobre las ejecuciones capitales en Italia entre octubre de 1943 y abril de 1945 estarían en algo más de 1.400 por parte italiana y unas 800 por parte alemana. Y, pese a tratarse de una autorepresentación, todo indica que las ejecuciones por sentencia judicial serían una minoría respecto a las extrajudiciales, como en todas las guerras civiles europeas y como en todas las que estaban por venir a nivel global.

Para estas segundas, las extrajudiciales, los victimarios serían mayoritariamente las autoridades italianas y no las

alemanas, caso de poder proyectarse esa misma proporción. En ese sentido, no es casualidad que en el clima de guerra interna, ocupación alemana y radicalización fascista tuviese lugar un fenómeno como el de las deportaciones de judíos y partisanos a los campos de trabajo y de exterminio en el este europeo (Mayda, 2002; Matard-Bonucci, 2008). Desde el prisma de los ejecutores de estas políticas se trataba de medidas para garantizar la seguridad y el control del territorio frente a elementos subversivos reales o potenciales, y por tanto también el bienestar y la cohesión de la comunidad nacional. Sin ir más lejos, Christian Gerlach dejó muy claro hasta qué punto el momento elegido por Hitler para poner en marcha el exterminio de los judíos europeos coincidió con la grave crisis militar del invierno de 1941-1942, cuando se hizo evidente que la guerra iba a ser larga y que se habría de librar en dos frentes. En esta situación, y de acuerdo con la visión que se tenía de ellos, los judíos pasaron a ser vistos como una grave amenaza interna para el orden, «enemigos, revolucionarios, saboteadores, espías, “partisanos” en su propio patio trasero». Por eso el mismo Hitler le hizo saber a Heinrich Himmler (1900-1945) que los judíos debían «ser exterminados como partisanos»

(Gerlach, 2014: 320). Esa misma distorsión era la que le permitía a este último enorgullecerse y afirmar lo siguiente en una conferencia privada dirigida a las más altas jerarquías de las SS el 4 de octubre de 1943 en Posen [Poznań], que si bien podría parecer un ejercicio de prestidigitación, pone de manifiesto la mentalidad y los marcos de referencia fascistas:

Sabemos cuán difíciles serían las cosas si todavía hoy en cada ciudad durante los bombardeos aéreos, bajo las exigencias y privaciones de la guerra, tuviéramos judíos como saboteadores secretos, agitadores e instigadores. Estaríamos probablemente en la misma situación que en 1916-1917 si los judíos todavía moraran en el cuerpo de la comunidad nacional alemana [...]. Tenemos el derecho moral, tenemos el deber frente a nuestro pueblo de hacerlo, de matar esta gente que quiere matarnos a nosotros. [...]. Pero en general podemos decir que hemos llevado a cabo la más difícil tarea por amor a nuestro pueblo.

Piénsese en el caso de la deportación de Primo Levi (1919-1987) a Auschwitz en febrero de 1944: hecho prisionero por fascistas de Salò en una partida partisana, fue sin embargo

destinado a un campo de trabajo. A partir de octubre de 1943, y con la radicalización fascista derivada de la situación de disolución interna y de la ocupación alemana, la RSI deportó al enemigo partisano y judío a los campos de exterminio: a mediados de mes más de 1.000 judíos fueron arrestados en Roma y enviados a Auschwitz, destino también de la mayoría de los aproximadamente 6.800 deportados identificados (más otro millar de no identificados), apoyándose en campos de nueva creación como los de Fossoli en Módena, Bagno a Ripoli en la Toscana o Corte Maggiore en Milán. Fossoli es la metáfora perfecta del universo concentracionario en la Italia fascista: primero un campo de prisioneros aliados antes de 1943, después un campo especial de internamiento de judíos bajo la RSI (del que salió deportado a Polonia Primo Levi en el segundo convoy del 24 de febrero de 1944), y finalmente un campo de tránsito (Polizei-und Durchgangslager) gestionado por las SS, del que salieron deportados cerca de 5.000 internos (como mínimo cinco convoyes a Auschwitz). Desde estos campos, con pasos intermedios por los puntos de tránsito en las zonas de operaciones alemanas del *Alpenvorland* y el *Adriatisches Küstenland*, de Risiera di San Sabba, en Trieste (que



habría contado en sus instalaciones con un crematorio) y de Bolzano, al que se trasladó la administración de Fossoli en agosto de 1944, salieron convoyes a los campos de la Aktion Reinhard, enmarcada en la llamada Solución Final. De los aproximadamente 32.200 judíos italianos sobre los que en 1943 pendía la amenaza e internamiento y deportación, 7.658 habían desaparecido en 1945. Así pues, la superposición de guerras en Italia fue el contexto propiciatorio para la quiebra comunitaria.

De nuevo, en lo tocante al modo bélico, la frontera entre la guerra mundial, la civil, la guerra de guerrillas y la insurrección revolucionaria fue porosa, y por tanto es difícil de trazar. Además de los combates de la lucha partisana, los enfrentamientos armados más significativos fueron los que tuvieron lugar con la insurrección de abril de 1945, con la toma de los núcleos urbanos de un centro-norte abandonado por las tropas del Reich y el final de la guerra (Fulvetti y Pelini, 2006). Así pues, el éxito dependió tanto de la fuerza de la resistencia como de la falta de convicción alemana a la hora de defender los restos de la RSI. La mayor victoria armada, tras más de un año sufriendo el desgaste de las operaciones contrainsurgentes y la falta

endémica de recursos, tuvo lugar al final, cuando la ofensiva aliada de abril de 1945 vino acompañada de la insurrección general partisana (Peli, 2006: 135 y ss). Cuando el frente defensivo alemán se descompuso, las primeras unidades guerrilleras entraron en la ciudad de Imola. Dos días después, el 16 de abril, ante la desbandada de ocupantes y colaboracionistas el CLNAI daba órdenes de tomar todas las capitales y centros urbanos. Bolonia era liberada el 19 de abril por partisanos, y al poco llegaban las tropas de infantería norteamericanas. En eso la capital emiliana fue pionera de algo habitual en el norte del país: que las ciudades fuesen tornadas antes por los partisanos que por los ejércitos aliados. Una de ellas, probablemente la más importante, fue Milán. En la capital lombarda el comité insurreccional inició la sublevación el 2.5 de abril, que quedaría en la memoria y en la conmemoración pública como la fecha icónica de la *Liberazione* y del fin de la guerra, pese a que durante algunos días más las unidades fascistas y los partisanos combatiesen por las calles de ciudades como Turín, al menos hasta el primero de mayo, fecha en la que llegaron a la capital piemontesa las tropas aliadas.

Como decía un comunicado del CLNAI de abril de 1945, la guerra había dejado el país cubierto de ruinas morales y materiales. Por un lado, la conflagración mundial, pero también la de liberación, que durante décadas solo fue reivindicada como civil por los perdedores, ello a pesar de que no pocos testimonios hablan precisamente de la *Liberazione* como un conflicto entre italianos. Sin ir más lejos, para el primer ministro Ferruccio Parri la liberación interna —o la guerra civil como forma de aniquilación del fascismo de Salò— era un requisito tanto o más importante que el de la liberación del enemigo ocupante, algo que ya hemos visto también en el *modus operandi* de la resistencia en Francia o Bélgica (Bermani, 2003: 29 y 30). De hecho, más que a los ocupantes la justicia de la liberación persiguió a los compatriotas, acusados de elaborar listas y de participar de la violencia contra los civiles durante la guerra, bien activamente o bien aprovechándose de ella. En la Italia de posguerra las *Corti d'assise* extraordinarias (tribunales para los delitos más graves) juzgaron entre 15.000 y 20.000 casos, en el tiempo de una justicia sancionadora contra el fascismo y los fascistas, denunciada a su vez por juristas de diferentes colores políticos, que la tildaban de haber abandonado los elementos fundadores

del derecho penal. Retroactiva, basada en tribunales *ex post* y en la presunción de culpabilidad, fue la imperante en ese tiempo de reconfiguración de la legitimidad nacional, durante el cual hubieron de dirimirse los cargos de traición a la patria y al Ejército, de colaboración (también horizontal) con el «odiado alemán» o incitación a la guerra civil. La *giustizia della piazza* se desplegó rápidamente contra el colaboracionismo y contra el fascismo de Salò, algo que pudieron comprobar en carne propia los 55 jerarcas asesinados en julio tras el asalto al penal de Schio, en Vicenza (Woller, 1996; Oliva, 1999; Dondi, 2004).

Según señalaba en 1945 la Corte de Casación de Milán, la obligación de los ciudadanos italianos bajo la RSI era mantener fidelidad al «verdadero Estado italiano», el del sur, declarando ilegítimo el poder republicano y dotando a las fuerzas partisanas de la legitimidad de las fuerzas armadas italianas, de las cuales habrían sido continuadoras. De un plumazo se solventaba la más compleja de las cuestiones relativas al 1943-1945 italiano: la multiplicidad y complejidad de legitimidades y soberanías en un contexto de guerra a la vez interna y de ocupación (Focardi y Nubola eds., 2015). A efectos penales la

situación italiana se vio agravada fundamentalmente porque en 1945 se produjo la derrota de un sujeto que se autoproclamaba legítimo propietario, aunque en disputa, de la soberanía nacional. La complejidad de la situación llevaría a la amnistía Togliatti de junio de 1946, promulgada en un contexto constituyente y a escasos días de la proclamación de la República, y que ha sido explicada, entre otras cosas, en base a la incapacidad de los tribunales para reconducir al camino de la legalidad a un país roto por la violencia. El fin de la justicia de transición, que puede extenderse hasta la ampliación de la amnistía en 1947 con el tercer gobierno de De Gasperi (1881-1954), y prolongarse hasta la clemencia hacia el colaboracionismo en 1953, pudo implicar lo que Mimmo Franzinelli ha denominado el *colpo di spugna*, es decir, la impunidad *de facto* de los crímenes fascistas en África, en España, en Yugoslavia, en Grecia, y por supuesto en la propia Italia, desde los responsables de torturas y *razzias* antipartisanas a los cazadores de judíos. Por obra u omisión, ese modelo supuso la amnistía como mecanismo de pacificación o, incluso, de nuevo comienzo en Italia. Ese era el «modelo italiano» de justicia de transición: ni rígida persecución

penal, ni cancelación de juicios, sino práctica impunidad con el pasar de los años.

La resistencia fue rápidamente encumbrada como movimiento patriótico y nacional frente a la no connacionalidad del enemigo interno, aunque tal cosa fuese abiertamente falsa. Dentro de esta lógica se explica que la reclamación potencialmente equiparadora de la noción de guerra civil fuera reivindicada fundamentalmente por los vencidos, aunque no en exclusiva. Algunos fueron primeras espadas literarias como Giorgio Pisanò, quien formó parte de la X MAS y fue primer secretario del neofascista Movimiento Social Italiano (MSI). Este escribió en los años sesenta dos de las obras centrales para la relectura posfascista del período de la RSI: *Sangue chiama sangue*, en 1962, y su *Storia della guerra civile in Italia, 1943-1945*, en 1965. Solamente en décadas recientes se ha accedido a cierta normatividad conceptual en torno a la existencia de una guerra civil en el contexto de la conflagración mundial en Italia. Este proceso ha tenido lugar sobre los rescoldos aún calientes de un relato nacional, base de la legitimación institucional republicana y nacido de la victoria antifascista, que atribuye de forma

mayoritaria a la Alemania nazi la responsabilidad de cualquier crimen, matanza o represalia sobre poblaciones civiles entre 1939 y 1945 (y sobre todo entre 1943 y 1945), y nunca al *bravo italiano*; que no reconoce el grado de popularidad y adhesión que logró el fascismo de Mussolini; que plantea grandes dificultades a la hora de interpretar la *Liberazione* como un conflicto interno (fascismo contra antifascismo) con agentes externos (Alemania y los Aliados); y que, en suma, establece de forma unánime el nacimiento de la Primera República como una suerte de segundo *Risorgimento* o de reunificación nacional (Gallerano, 1993; Di Sante, 2005; Natoli, 2005; Borgomanieri, 2006). A partir de la *rimozione* de Salò del centro gravitacional de la nación italiana y su identificación con el agente extranjero invasor y no con el connacional, la noción de guerra civil, incluso en sus elementos narrativos más básicos de conflicto entre italianos, desaparecería del relato de la Italia contemporánea para regresar con fuerza en el contexto de la crisis institucional de la República. En los noventa el escritor Giampaolo Pansa (1935-) reivindicaba con fuerza la italianidad de la sangre de los vencidos, de la Italia negra derrotada por la *Resistenza*.

Junto al español, pocos casos exprimen mejor esa noción de complejidad y dinamismo como el de la guerra civil italiana. Conflicto interno a la vez que guerra en la frontera sur europea del Tercer Reich, la revisión de la italiana de 1943-1945 y del contexto de la resistencia y la guerra de ocupación y partisana como una guerra civil ha suscitado fuertes resistencias conceptuales y políticas. Desde el momento en que la *Resistenza* y la *Liberazione* pasaron a configurar los mimbres propios del mito nacional republicano, la guerra civil italiana se convirtió en un *topos* de un posfascismo italiano en busca de respetabilidad y legitimidad, al menos hasta su normalización historiográfica de la mano de Claudio Pavone. Como cantara el cantautor genovés Fabrizio de Andrè (1940-1999) con letra del romano Francesco De Gregori (1951-), cuando juegas con el negro siempre pierdes: *a giocare con nero perdi sempre*. Pero no todos los que jugaron con el negro durante los meses críticos de 1943-1945 perdieron por igual. Muchos cayeron víctimas de la guerra partisana y de la acción de los GAP, pero muchos otros salieron indemnes de su participación en los crímenes de guerra propios de la guerra antipartisana y de las guerras fascistas: Rodolfo Graziani (1881-1955), Mario Roatta, Gastone Gambara





(1890-1961) o Junio Valerio Borghese (1906-1974), militares y fascistas a los que cabe atribuírseles crímenes de guerra y contra la humanidad en Etiopía, Croacia, Eslovenia, España o Italia, son buenos ejemplos de lo que por obra u omisión supuso la amnistía como mecanismo de pacificación y de nuevo comienzo en Italia. Aquí tenemos un elemento más sobre el que reflexionar en perspectiva comparada, sobre todo teniendo en cuenta la vinculación que algunos de ellos tuvieron con la España de Franco.